

La sociedad de consumo

HAY una viva polémica sobre la llamada sociedad de consumo. La juventud juzga sin piedad un sistema cuyo principal objetivo parece consistir en estimular, mediante la agresión publicitaria, por ejemplo, la atracción cada vez menos racional por las comodidades o las novedades, con detrimento de los valores humanos peor «definidos». A decir verdad, los que critican un tipo de vida colectiva en la cual todo queda subordinado al beneficio capitalista, en absoluto piensan en negar a las clases más numerosas la posibilidad de acceder a un tipo de consumo del que estaban hasta entonces privados. En realidad, no condenan a la sociedad de consumo, sino a una sociedad que sería exclusivamente de consumo (irracional e impuesto) y que, a causa de esto, se pondría, paradójicamente, al servicio de las industrias de producción en masa exclusivamente.

La encuesta de Galbraith describe, en este sentido, la influencia que ejercen las grandes empresas sobre la vida económica, social y, en definitiva, política. Estas estudian y toman sus decisiones cada vez más en función de las necesidades y del comportamiento de los compradores (lo cual lleva consigo la tentación de actuar sobre esas necesidades y esos comportamientos) e implican, por otra parte, que el poder público regule la economía, los salarios, los precios, etcétera (lo cual le lleva a la tentación de ejercer presión sobre las fuerzas políticas). Esta evolución explica las intromisiones de las firmas industriales más poderosas:

1— En primer lugar, *acción sobre los consumidores*: Utilizan los medios más modernos y eficaces para persuadir a los virtuales clientes de que sus productos posibilitarán una mejora de las formas de vida, creando las necesidades correspondientes, en ocasiones totalmente fútiles o incluso malsanas. Aparte de la publicidad, confesada o disimulada, el condicionamiento del consumidor se debe también a la educación y a la «cultura ambiente», sobre las que también ejercen, aunque más sutilmente, su influencia los grupos de presión.

2— *Acción sobre la clase obrera*. El poder adquisitivo de ésta crece progresivamente gracias a que el capitalismo ha sabido crear, mediante el aumento de los salarios —y contrariamente a lo que predijo Marx—, un poder adquisitivo que asegura el consumo de los productos. Pero, al mantener en su totalidad los recursos medios de los ciudadanos a un nivel ligeramente inferior a las necesidades que continuamente se provocan o refuerzan, se forman masas de trabajadores cuya condición va inmediatamente ligada a una prosperidad general de un tipo bien definido. Al mismo tiempo se espera que las aspiraciones de estas masas se identifiquen con los objetivos generales del sistema económico actual.

3— Finalmente, *acción de las firmas industriales sobre el Estado*. Se le exige que garantice un cierto equilibrio mediante exenciones fiscales, gastos públicos, política de salarios y precios, contribución a los gastos de inversiones e investigación. Es indudable que todas estas son intervenciones que le incumben al Estado, si bien deberían estar al servicio de una serie de fines determinados, con independencia, por las autoridades responsables, en vez de estar destinadas a una obtención más fácil de beneficios por parte de las empresas.

Por último, la influencia política de los medios industriales continúa ejerciéndose en el seno de numerosos organismos y comisiones que reúnen a funcionarios y dirigentes de

empresas y se encargan de poner a punto los grandes proyectos públicos, especialmente los programas de armamentos. El sistema de conciertos que preside la elaboración de todas las decisiones estatales, mediante la apelación a una tecnología avanzada, da al sector privado una potencia considerable de la que los gobiernos apenas si tratan de defenderse; llegan a transigir con los intereses particulares cuando se oponen al interés público.

Pero esta situación sacrifica ciertas necesidades: se rechaza la estética, la vivienda social, las necesidades culturales y las aspiraciones a la libertad que implican. La educación, la salud, el ordenamiento urbano dependen de los equipos colectivos, que, a su vez no dependen de la economía administrativa. El arbitraje entre la realización de estos objetivos de las empresas y el desarrollo del consumo privado se está convirtiendo en uno de los negocios de nuestro tiempo.

POR otro lado, el sistema industrial necesita una enseñanza muy desarrollada; pero, concebida para suscitar las capacidades creadoras, esta enseñanza no puede estar exclusivamente orientada hacia objetivos técnicos. Conduce necesariamente a la multiplicación de individuos preñados de otros valores y ávidos de emancipación. De este modo, la sociedad industrial corre el riesgo de ser criticada por aquellos mismos que han creado su progreso, al verse obligados a impugnar la mística del crecimiento, exclusivamente material, apenas tardan en comenzar a criticar el equilibrio que éste crea entre el trabajo y sus alienaciones, por un lado, y la promoción del hombre y su libertad, por otro. Así, por ejemplo, los profesores no solamente forman científicos y técnicos, sino también jóvenes que se sienten maniatados en las universidades, que tan a menudo conservan las marcas de lejanas tradiciones, mal adaptadas a las exigencias de la vida futura, y que enseñan a criticar las durezas y vanidades de las sociedades excesivamente sometidas a los imperativos técnicos y comerciales.

No obstante, la «intelligentsia» no puede conseguir por sí sola los cambios y las reformas necesarias. Puede prepararlos, puede ayudar a las otras fuerzas progresistas, no puede pasarse sin ellas. Puede conseguir que madure la opinión, pero mientras las masas no se pongan en movimiento, el grito de los intelectuales no pasa de ser un grito de alarma. En el pasado, su comunicación con las masas ha sido siempre difícil, aunque fértil. Es conveniente que la lucha de clases del mañana no enfrente a los depositarios del saber con todos aquellos a los que se ha negado ese saber. ¡Que no lo olviden nunca los privilegiados de la ciencia, la técnica y la cultura!

ES conveniente subrayar otro aspecto del problema: la ilusión igualitaria que crea a veces la sociedad de consumo se ve desmentida por las disparidades sociales que aún subsisten, y algunas de las cuales se acrecientan progresivamente, porque la civilización industrial trata con mezquindad a sus pobres: efectivamente, se abandonan, en aras del desarrollo, sectores económicos en decadencia, regiones empobrecidas. En general, el término de sociedad opulenta no corresponde a la realidad a no ser en el caso de las clases privilegiadas de las naciones más ricas. Ahora bien, la desigualdad —sobre todo, la de oportunidades—, perfectamente admitida hasta hace poco, sufre cada vez mayor descrédito, incluso entre aquellos que no se consideran socialistas.

Todos estos puntos ponen de relieve el enorme esfuerzo que es preciso para conseguir el progreso de esta civilización que sigue buscándose a sí misma. ■ P. M. F. (Copyright © 1970. Agencia Laare Forestier-TRIUNFO.)